

Gaziel

¿Seré yo español?

Un periodista catalán en Madrid (1925-1930)



PENÍNSULA ATALAYA

Gaziel
¿Seré yo español?

Un periodista catalán en Madrid (1925-1930)

Edición y notas de Narcís Garolera

Prólogo de Francesc-Marc Álvaro

ediciones península

© Herederos de Agustí Calvet Pascual, *Gaziel*, 1964

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2018

© de la edición y notas, Narcís Garolera, 2018

© del prólogo, Francesc-Marc Álvaro, 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición

LIMPERGRAF - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 25.216 - 2017

ISBN: 978-84-9942-658-7

ÍNDICE

«Gaziel, en tierra de nadie», por Francesc-Marc Álvaro	11
Nota a la edición, por Narcís Garolera	23
«Autobiografía de un pseudónimo», <i>La Gaceta Literaria</i> , 15 de julio de 1927	27
«La batalla interrumpida», 16 de octubre de 1925	37
«Cataluña en el purgatorio», 26 de octubre de 1925	42
«A D. Francisco Cambó», 30 de octubre de 1925	47
«Los dos desnudos», 6 de noviembre de 1925	52
«La bicefalia española», 10 de noviembre de 1925	57
«La obra de los Reyes Católicos», 27 de noviembre de 1925	61
«El enigma de Castilla», 5 de diciembre de 1925	66
«La diversidad peninsular», 11 de diciembre de 1925	70
«El socialismo en Cataluña», 18 de diciembre de 1925	74
«La grave crisis del liberalismo», 26 de diciembre de 1925	79
«Del Káiser al Duce», 31 de diciembre de 1925	83
«El diálogo truncado», 9 de enero de 1926	87
«El huerto de Azorín», 16 de enero de 1926	92
«Tragedia o comedia», 21 de enero de 1926	97
«Los reyes en Cataluña (I)», 29 de enero de 1926	101
«Los reyes en Cataluña (II)», 3 de febrero de 1926	108
«Los reyes en Cataluña (y III)», 5 de febrero de 1926	113
«La bonanza», 20 de febrero de 1926	118
«La risa peninsular», 24 de febrero de 1926	123

«La golondrina», 6 de marzo de 1926	128
«De qué ha servido la germanofilia», 18 de marzo de 1926	132
«La catalanidad», 24 de marzo de 1926	136
«Musas y hadas», 2 de abril de 1926	140
«La fórmula mágica», 17 de abril de 1926	145
«La sobremesa», 29 de abril de 1926	150
«Un error inicial», 7 de mayo de 1926	154
«El remolcador», 14 de mayo de 1926	158
«Las dos sinfonías», 2 de junio de 1926	162
«El castigo», 4 de junio de 1926	167
«Un meteoro», 17 de junio de 1926	171
«¿Europa o América?», 23 de junio de 1926	176
«El misterio de Dostoievski», 28 de junio de 1926	180
«Un delicioso suicidio», 16 de julio de 1926	184
«Introducción a una política exterior (I)», 15 de octubre de 1926	188
«Introducción a una política exterior (II)», 20 de octubre de 1926	192
«Introducción a una política exterior (y III)», 22 de octubre de 1926	195
«Humanidades contra barbaridades», 29 de octubre de 1926	200
«La lengua catalana en la Academia Española», 2 de diciembre de 1926	205
«La dama hidalga», 10 de diciembre de 1926	210
«Las sirenas de Occidente (I)», 7 de enero de 1927	214
«Las sirenas de Occidente (II)», 13 de enero de 1927	218
«Las sirenas de Occidente (y III)», 20 de enero de 1927	223
«La copa romántica», 28 de enero de 1927	228
«Las almas regionales», 8 de febrero de 1927	232
«Un discreto refugio», 16 de febrero de 1927	236
«¿Para qué sirven los clásicos?», 2 de marzo de 1927	239
«La reforma de la historia», 5 de marzo de 1927	243
«Historia pequeña pero interesante», 21 de marzo de 1927	247
«El vestido mental», 29 de marzo de 1927	251
«Gulliver en Liliput», 20 de abril de 1927	255

ÍNDICE

«Un siglo de novela (I)», 26 de abril de 1927	259
«Un siglo de novela (II)», 28 de abril de 1927	264
«Un siglo de novela (y III)», 2 de mayo de 1927	269
«Murillo en el sótano», 13 de mayo de 1927	274
«La voz de Cataluña», 23 de mayo de 1927	279
«La esfinge de España», 28 de mayo de 1927	283
«Temas comprimidos», 8 de junio de 1927	287
«La vida al revés», 22 de junio de 1927	291
«La cigarra irónica», 15 de julio de 1927	295
«Regionalismos que se cruzan», 17 de julio de 1927	300
«La precursora», 21 de julio de 1927	304
«Centralismo y regionalismo», 26 de julio de 1927	309
«Fuerza y conciencia», 6 de agosto de 1927	313
«Los sistemas regionales», 9 de agosto de 1927	317
«Los meridianos de Hispanoamérica», 31 de agosto de 1927	322
«¿Imperio o confederación?», 13 de septiembre de 1927	326
«La paz sólo puede ser democrática», 17 de septiembre de 1927	330
«Patria y religión», 2 de octubre de 1927	335
«Jerarquía y democracia», 18 de noviembre de 1927	340
«Entre 1928 y 1950», 1 de diciembre de 1927	345
«El libro catalán en Madrid», 6 de diciembre de 1927	350
«La muerte de la inmortalidad», 10 de diciembre de 1927	355
«El idioma y la ciencia», 21 de diciembre de 1927	359
«El mito de la posteridad», 24 de diciembre de 1927	364
«El gran periodismo», 7 de enero de 1928	370
«Teatro y democracia», 19 de enero de 1928	375
«Una lenta sustitución», 28 de enero de 1928	380
«Un teatro acuarelista», 15 de febrero de 1928	385
«El mapamundi de Blasco Ibáñez», 18 de febrero de 1928	390
«Lo que más hace falta son hombres», 1 de marzo de 1928	395
«El antifaz ibérico», 8 de marzo de 1928	400
«Políticas complementarias», 17 de marzo de 1928	404
«Los dos cielos», 24 de marzo de 1928	408
«El doble secreto de Baquero», 7 de abril de 1928	412

¿SERÉ YO ESPAÑOL?

«Charlot y Cervantes», 19 de abril de 1928	417
«La resurrección de la carne», 12 de mayo de 1928	422
«Un Goya que nadie ha visto», 19 de mayo de 1928	426
«Maragall, don Francisco y la política», 26 de mayo de 1928	430
«Si las mujeres mandasen», 2 de junio de 1928	435
«Política y religión», 9 de junio de 1928	439
«Una hora falsa», 14 de junio de 1928	443
«Las últimas pinceladas», 20 de junio de 1928	447
«El retorno de Ulises», 8 de julio de 1928	451
«De Durero a Picasso», 13 de julio de 1928	455
«Los caminos del aire», 28 de julio de 1928	459
«El arte de vivir», 7 de agosto de 1928	463
«La más grande Alemania», 12 de agosto de 1928	467
«¿Ha habido escarmiento?», 22 de agosto de 1928	472
«Un cura socialista», 30 de agosto de 1928	476
«No habrá paz sin justicia», 4 de septiembre de 1928	481
«En la clínica», 28 de noviembre de 1928	485
«Constitución y misión», 14 de diciembre de 1928	490
«El parlamentarismo», 20 de enero de 1929	495
«¿Seré yo español?», 27 de enero de 1929	499
«Vidas divergentes», 24 de abril de 1929	504
«¿Un gran jefe en potencia?», 26 de octubre de 1929	508
«No creáis en la revolución», 20 de mayo de 1930	171
«El gran escarmiento», 1 de junio de 1930	518
«La cuarta guerra púnica», 14 de junio de 1930	523
«La hora de las izquierdas», 5 de julio de 1930	529
 Apéndice	 535

MEMORIAS LITERARIAS

AUTOBIOGRAFÍA DE UN PSEUDÓNIMO

por GAZIEL

Nací en París, al comenzar la primavera de 1914, en una buhardilla de la plazuela de Furstenberg, una de las más recónditas y desiertas de la capital de Francia. En marzo de 1927 cumplí mis trece años. No sería mucho para una persona humana, pero es bastante para un puro pseudónimo.

De mi padre, un tal Agustín Calvet, a quien si no fuese por mí nadie conocería, debo decir, francamente, que me parece un pobre hombre. Es catalán y del Ampurdán; esto es, de lo más catalán que pueda darse en este mundo. Pero, a pesar de su profunda catalanidad, de la que está muy satisfecho, siempre ha tenido la manía de rebasar sus límites originarios. España le interesa más que Cataluña, la Península Ibérica más que España, Europa más que la Península Ibérica, y por encima de todo, lo humano de Terencio, la Humanidad. Desde niño tuvo una loca pasión por los viajes. Ha corrido mucho. Y esta rara inquietud no han podido calmarla los años.

Él sostiene que así se ha enriquecido. Mas yo veo que únicamente ha logrado no tener seguridad pecuniaria de ninguna clase. Y ahora mismo, a los cuarenta años, si no fuese por mí, que le mantengo, mi padre no sabría lo que se dice dónde caerse muerto.

Ha tenido no pocas coyunturas para hacer carrera. Como todos sus mejores compañeros de juventud, podría haber ingresado también en los partidos políticos de su tierra, medrar, intrigar y ser tenido fácilmente por una figura representativa —«nuestro joven e ilustre amigo, cuyos vastos conocimientos son la honra de...», etc., etc.—. Podía, asimismo, porque el hombre tiene sus luces naturales y además algunas otras adquiridas, pescar hasta con donaire la consabida notaría, o el registro, o la cátedra, o el cargo remunerador, y, puesto ya en plan de pesca, sacar del agua incluso una dote opulenta. Esto es, por lo menos, lo que no dejan de hacer todos los hombres sensatos.

Él, nada. Jamás ha pescado nada del mundo, a pesar de ser marinero y pescador empedernido. Incluso varias veces tuvo la caña en la mano, el hilo en la caña, el anzuelo en el hilo y en el anzuelo un pescado. ¿Y saben ustedes qué hizo siempre? Pues ¡soltar la caña! E irse luego a viajar por esos mundos de Dios.

En una de sus innumerables escapatorias, hallándose en París, estudiando filosofía y sin una peseta —como quien dice absurdo sobre absurdo—, me dio la vida. Nací por puro azar. Soy hijo de las apremiantes nupcias de un filósofo de veinticinco años con la Necesidad.

La desmantelada buhardilla de mi padre, donde vine al mundo, era un verdadero paraíso para quien sabía mirarla con los mágicos ojos de la juventud. Por lo menos, él todavía sostiene que allí transcurrieron los más bellos días de su vida. A la buhardilla, a pesar de su altura, subía todo lo más alado de cuanto vive flotando en el aire embriagador de París: su perfume inconfundible, las brumas de su cielo cambiante, los libros de sus bibliotecas, los apuntes tomados de sus profesores, las musiquillas y los cantos callejeros, los gorriones en invierno, las golondrinas en verano, en primavera las abejas del Luxemburgo, y todo el año un enjambre de amigas tiernas y enamoradizas como mu-

sas locas. Mi padre entonces era feliz: meditaba, leía y amaba formidablemente.

En aquel paraíso, como en todos los auténticos, no había dinero. Pero en cambio menudeaban las serpientes, que, en forma de facturas, se enroscaban por la estrecha escalera de caracol y subían hasta la celda del filósofo. Mi padre les resistió cuanto pudo, y al final no tuvo más remedio que sucumbir. Resolvió pagar sus deudas. Mas para ello imaginó, como de costumbre, el medio más descabellado.

En todo el mundo se publicaba en aquella fecha un sólo diario en catalán. ¡Uno solo! Se publicaba en Barcelona, y era *La Veu de Catalunya*. Y habiendo tantos otros en Europa y América, mi padre, que siempre ha sido un iluso, tuvo la sentimental ocurrencia de ofrecerle artículos precisamente a aquél. Como era natural, fueron admitidos enseguida, pero no pagados hasta diez meses más tarde, tras inhumanas peripecias y a razón de quince pesetas por cada trabajo.

A decir verdad, hasta entonces mi padre había demostrado siempre un olímpico desdén por el periodismo. Le parecía una actividad inferior, y sus ambiciones picaban más alto. Lo único que le apasionaba de verdad —además de las chiquillas guapas y asequibles, las *jeunes filles en fleur*— eran los grandes sistemas filosóficos, las vastas concepciones del Universo y la solitaria consuetudín de las quince o veinte obras capitales de la literatura. Por debajo de esto, nada. Y después, el resto. De ahí que, puesto en el duro trance de abdicar, de descender hasta las columnas efímeras de un órgano periodístico provinciano, se creyó obligado a velarse, a desdoblar su personalidad, a adoptar una apariencia mortal, como los dioses cuando bajaban del Olimpo a la Tierra.

Hubo de buscarse un pseudónimo.

Estaba ya escrito el primer artículo. Las cuartillas descansaban sobre la mesa de pino, junto al amplio ventanal. Era un atardecer

de primavera, agrio todavía. El resplandor del quinqué de petróleo se mezclaba turbiamente con la lividez verdosa del ocaso, que agonizaba entre un bosque de chimeneas moradas. Mi padre estaba solo en su buhardilla, meditando, recostado en un sillón de mimbre que se ladeaba ligeramente porque era cojo de una pata. El joven filósofo estaba buscando su propio pseudónimo. Varias veces había tomado la pluma y escrito un nombre misterioso: *Belfegor*, *Critias*, *Sileno*, *Merlín*... Su imaginación divagaba. La lista iba alargándose inútilmente.

Por fin, hastiado, tiró la pluma. Y entonces, al levantar los ojos, se encontró con el busto del Sócrates vaticano en yeso bronceado, que le estaba mirando socarronamente desde lo alto de un montón de libros. Mi padre se sonrojó ante aquella mirada penetrante e irónica. Parecía que el gran ateniense, comadrón de espíritus, había estado contemplándole toda la tarde, en regocijado silencio, mientras él escribía su primer artículo, aquel parto laborioso que, en realidad, era una caída desde el cielo de la filosofía pura al infierno del periodismo remunerador.

Mi padre miró entonces con ternura a Sócrates, para desarmarle, aceptando su muda lección. También el gran filósofo había tenido que descender a la plaza pública y sumergirse en la muchedumbre. Y también tuvo que procurarse, para evitar toda grosera contaminación, un disfraz, un desdoblamiento, una especie de pseudónimo, que fue aquel famoso *daimon* o demonio socrático, su genio interior, tan popular y legendario, que durante el medioevo era universalmente conocido con el nombre de...

En aquel momento llamaron a la puerta de la buhardilla. Era Georgette, la mecanógrafa de *maître* Labori, que, como todos los sábados de aquella primavera, venía a buscar a mi padre para ir a cenar juntos y quedarse con él hasta el atardecer del domingo. Entró, se quitó el sombrero, lo tiró en la jofaina del rincón, afortunadamente seca, y de un salto se quedó sentada encima de la mesa, entre los papeles filosóficos, atufándose el pelo rubio con las puntas de los largos dedos.

Mi padre, ensimismado, no le hizo el menor caso. Estaba escribiendo, todo de mayúsculas, un nombre al pie de su primer artículo. Georgette se inclinó a deletrearlo, intrigada:

—GA... ZI... EL... ¿Qué significa esto?

Mi padre continuaba absorto, contemplándome a mí, recién nacido, todavía bañado en la humedad original de la tinta. Y no sospechaba ni en sueños la solemnidad de aquel instante, la enorme importancia que yo iba a tomar en su vida.

—¡Anda, dime! —insistió la muchacha—. ¿Quién es ese Gaziel?

—Ese Gaziel —respondió al fin mi padre, levantando la mirada hacia los claros ojos de su amiga—, ese Gaziel, desde ahora, será mi *alter ego*, mi demonio interior.

Georgette abrió más todavía los párpados, hasta dejar las doradas pupilas envueltas en pétalos de laca blanca, como margaritas.

Y mi padre le sonrió, al verla tan fresca y tan linda.

Mi nacimiento tuvo la inesperada virtud de cambiar radicalmente la vida de mi padre. El mío es un ejemplo rotundo, decisivo, del misterioso poder mefistofélico de los pseudónimos. Desde que me engendró, mi padre no ha vuelto a ser nunca más que lo que era, y en cambio ha sido todo lo contrario de lo que pretendía ser. Es el caso de un hombre descartado, suplantado, devorado por su propio pseudónimo.

La libertad absoluta de que gozaba el joven filósofo en su paradisíaca buhardilla, sus largos estudios, sus deliciosas meditaciones, sus amigas en flor, e incluso el divino París de aquellos tiempos: todo desapareció vertiginosamente ante mi sola presencia. Apenas contaba yo unos meses de vida, cuando estalló la primera y memorable guerra mundial. No me extrañaría nada que yo hubiese sido una de sus causas transcendentales. En toda otra ocasión, un fenómeno semejante habría llenado de asco instintivo y de intelectual indiferencia a mi padre. Pero yo le obligué a interesarse por él; le hice ver su magnitud, su importancia. Y, poco a poco, le seduje, le dominé, le transformé, hasta el punto

de arrancar su consentimiento a que yo me hiciese cronista de guerra y —¡oh colmo inverosímil!— a acompañarme él mismo por los campos de batalla. Fue una cosa nunca vista. Le volví del revés, como el diablo a Fausto.

Y desde entonces, hace ya trece años, yo mando. Mi padre soy yo. A él, que aborrecía el periodismo o, mejor dicho, lo desdeñaba por efímero, le he metido hasta la coronilla, le he sepultado entre rotativas y bobinas de papel continuo. Sólo amaba las obras sólidas, estructuradas, y yo le obligo a dejarme emborronar constantemente cuartillas que el viento se lleva. Adoraba el retiro, la blanda quietud pensativa, la paz de las bibliotecas y la serena compañía de las ideas puras. Yo, después de arrastrarle cuatro años por los campos de batalla, le he arrojado, en plena calle ciudadana, al tumulto de la plaza pública, y allí le tengo, disputando a todas horas con energúmenos empedernidos acerca de intereses, a menudo turbios.

A veces, incluso me da lástima. Veo claramente que sufre, como el pez fuera del agua. Pero... ¡alguno de los dos tiene que mandar en ambos! Mandando yo, hemos prosperado a los ojos del mundo. Si le dejase a él, volveríamos a las andadas. Y eso no puede ser de ninguna manera.

Nadie me negará que, a cambio de la estrecha sujeción en que le tengo, le he proporcionado éxitos considerables. Yo soy un pseudónimo con buena suerte. Siempre he creído que me favorece mucho el haber nacido bajo la constelación propicia de los ojos de aquellas floreales muchachas que se asomaron sobre mi cuna, como un corro de hadas. Lo cierto es que le he dado familiarmente a mi padre una imprevisible, una incalculable popularidad. En Cataluña a mí me conocen hasta en los más apartados villorrios. Muchas veces me ha ocurrido visitar aldeas de cuatro casas, por ejemplo, en lo alto del Pirineo, y allí, en esos rincones donde se ignora incluso cómo se llama el papa, saben perfectamente quién

soy yo. De esa popularidad, adquirida en poquísimo tiempo, mi buen padrino, Miguel de los Santos Oliver, aseguraba no haber visto otra igual en treinta años de periodismo. Y, sin embargo, mi padre no hace el menor caso. ¡Eso es lo que me indigna!

Hay que verle cuando vamos juntos por esos mundos de Dios. Llegamos a cualquier parte. Naturalmente, nadie le conoce. «—¿D. Agustín Calvet? Tanto gusto en saludarle. Estará usted aquí pocos días, ¿verdad?...» Diríase que, apenas llegado, la gente está deseando ya que se marche. Pero que, por una casualidad cualquiera, se enteren de que yo voy con él: «—¡Ah! ¿Conque usted es Gaziel? ¡Caray, hombre! Tantísimas ganas que tenía de conocerle a usted», etc., etc. Enseguida llueven los elogios, los ofrecimientos, los convites, los agasajos. En estos casos, yo le miro de reojo a mi padre, como diciéndole: «¡Qué te parece!, ¿eh?». Pero él es tremendo: se sonríe, se sonríe, se sonríe en silencio, con su olímpico e irreductible desdén. Y no es envidia, no. Es pura melancolía.

Entre él y yo existe, hay que reconocerlo, una oposición radical. Él está convencido de que yo le he sacrificado brutalmente, y yo, por el contrario, tengo la seguridad absoluta de haberle hecho hombre.

Este desacuerdo nos trae algo distanciados. Yo, cada día aprieto más, intensificando mi labor periodística, extendiéndola hacia Madrid, por toda España y aun más allá, convencido de que así cumplo con mi deber y sigo mi destino. Mi padre, en cambio, continúa encerrado en su celda ideal, fiel a sus estériles filosofías. Me consta que no ha renunciado jamás a sus quimeras, y hasta que en cierta ocasión exclamó: «Quizás moriré inédito, pero no me rendiré nunca». A mí no me dice nada de todo esto, pero él prosigue cavilando. Y, francamente, hay veces que me desazona.

Temo que el mejor día su secreta labor dé fruto. Y entonces, ¿qué va a hacer? ¿La publicará con su nombre oscuro, casi desco-

¿SERÉ YO ESPAÑOL?

nocido? ¿Renegará de mí? ¿Me abandonará entre el polvo, como la serpiente deja la piel usada al margen del camino?

He de confesarlo. Si no fuese por esta tortura que me roe, yo sería un pseudónimo feliz.

La Gaceta Literaria, 15 de julio de 1927

Gaziel (Agustín Calvet) colabora desde hoy en El Sol. Con Roque Guinart¹ y José Carner (menos asiduo ahora por trasladarse a América) enriquecerá nuestras páginas con su manera de mirar y contar las cosas de Cataluña y de España.

Gaziel, a pesar de su juventud, hace años que goza de gran prestigio. Su tesis doctoral sobre fray Anselmo Turmeda, heterodoxo español, descubrió el valor crítico y literario del escritor. La Gran Guerra, que le sorprendió estudiando en París, fue ocasión de que en pocos días lograra fama de extraordinario periodista con las crónicas que envió a La Vanguardia de Barcelona, de la cual es uno de los directores. Esas crónicas, recogidas en varios volúmenes (Diario de un estudiante en París, Narraciones de tierras heroicas, En las líneas de fuego, De París a Monastir, El año de Verdún, De Joffre a Foch), vieron agotadas rápidamente sus ediciones.

Desde la paz, a una de cuyas asambleas asistió, comentándola en una nueva serie de crónicas, recogidas luego con el título de El ensueño de Europa, reside en Barcelona. En el actual pensamiento catalán defiende un sereno criterio de moderación y de equilibrio lleno de sentido, entre cuyas líneas hallaríamos, tal vez, el hilo que conduce a la solución posible del problema catalán, cada vez más embrollado y difícil.

He aquí el primer trabajo para El Sol:

1. Seudónimo del clérigo mallorquín Llorenç Riber, quien, entre 1925 y 1929, publicó noventa artículos en *El Sol*.